

DEMOCRACIAS DE ESCAPARATE, MOVIMIENTOS SOCIALES Y ALTERNATIVAS SOCIETALES ¿CÓMO NOMBRAR LO EMERGENTE?

Jorge Ceja Martínez
Profesor investigador
Universidad de Guadalajara
México

Resumen

Los déficits sociales y ambientales visibles tras tres décadas de hegemonía neoliberal son suficientes para mostrar la inviabilidad de un modelo civilizatorio que sólo puede “prosperar” a costa de la degradación de la condición humana. El vocablo democracia ha sido corrompido, despojado de su esencia para validar a un sistema generador de exclusión, como también para legitimar a los gobiernos que velan por este modelo. Los movimientos sociales son una reacción a un sistema autoritario y excluyente. Estos son creadores y portadores de alternativas. ¿Cómo nombramos lo emergente? El trabajo hace hincapié en la necesidad de conceptualizar lo nuevo y emergente y en pensarlo como alternativa civilizatoria socialista; para lo cual resulta fundamental guardar distancia de los usos comunes que han corrompido la naturaleza de los conceptos democracia y socialismo.

Summary

The visible environmental and social deficits that lay in front of us after three decades of neoliberal hegemony exhibits the impossibility of a model of civilization that can only "succeed" at the expense of the degradation of the human condition. The word democracy has been corrupted, stripped of its essence to validate a system that generates exclusion, as well as to legitimate governments that encourage and protect this model. Social movements are a reaction to authoritarianism and exclusion. They create and carry out alternatives. How should we name the emergent manifestations? The work emphasizes the need to conceptualize the new and emerging manifestations as a socialist alternative civilization, in which we must keep distance from the common uses that have corrupted the nature of the words democracy and socialism.

I. Límites cercanos, límites rebasados

En el *Manifiesto del Partido Comunista*, Marx y Engels plantearon la idea de que “la burguesía produce, ante todo, sus propios sepultureros. Su hundimiento y la victoria del proletariado son igualmente inevitables” (1969:45). En el mundo de hoy –a más de 160 años de la publicación de esta obra humanista- no se ve con claridad que el proletariado

esté cercano a sepultar a la burguesía. Lo que sí se percibe cada vez con mayor nitidez es que, de continuar con el patrón de poder depredador actual, será el sistema capitalista y el consumismo antiambiental lo que terminará sepultando por igual a todas las formas de vida, incluyendo al propio proletariado.¹ Es probable que Marx y Engels no hayan alcanzado a imaginarse el grado de degradación ambiental (y no sólo humana) que acompañaría las bases de apropiación, acumulación y reproducción de la clase capitalista.

Desde hace muchos años se insiste que el capitalismo –y ahora el neoliberalismo- ha llegado a su fin. Lejos de esta lectura optimista que suena a un cuento de hadas con un final feliz (aunque todavía no logremos ubicar a los dichos personajes y los motivos en que se sustenta semejante felicidad), sabemos que desde entonces muchas cosas han pasado en este mundo, menos el ocaso del capitalismo. Lo que sí estamos en condiciones de reconocer –sin que compartamos la ridícula idea del “fin de la historia”- es que a partir de los años ochenta del siglo pasado el modelo económico se revitalizó, ya que logró colonizar regiones enteras; como en efecto sucedió en los países de Europa Oriental, como en Asia (en aquellas naciones que fueron parte de la Unión de Repúblicas Soviéticas Socialistas, entre estos Rusia, y fuera de esta unión, China, dos países gigantes). El capitalismo también recibió una importante oxigenación en los países periféricos. Gracias a la puesta en marcha del modelo económico neoliberal, los inversionistas han logrado apropiarse de los otrora bienes públicos y han colonizado la naturaleza que hasta antes había permanecido intocada a los intereses mercantiles. En muchos países los gobiernos han optado por sacrificar el mercado interno en aras de privilegiar a la industria maquiladora de exportación. Se trata de países “modelo” como China, Tailandia, Guatemala, México y muchos más, donde sus gobernantes se han convertido en caporales que privilegian la inversión extranjera, ofreciendo a cambio salarios de hambre y, desregulación ambiental y laboral.

¹ El cual gracias a la ofensiva neoliberal en contra de los trabajadores (y al desarrollo del capitalismo financiero que omite el trabajo como fuente de plusvalía), ha sido, en lo hechos, progresivamente sepultada por la burguesía en virtud de la pérdida de sus derechos laborales.

La globalización económica en su vertiente neoliberal ha mostrado un acelerado proceso de expansión comercial y de penetración en las economías nacionales y ha reafirmado la tradicional división internacional del trabajo en la cual –como hace años lo dijo Eduardo Galeano (2006)- unos países se han especializado en ganar y otros en perder. Aunque a mediano plazo, por vivir dentro del mismo planeta, todos terminemos perdiendo.

Ciertamente la supervivencia del modelo implica: a) el desarrollo de la desigualdad en todos los países; b) el crecimiento de la ingobernabilidad ante la falta de atención a las demandas sociales; c) la ampliación de la brecha en los niveles de bienestar, desarrollo y crecimiento económico entre naciones y continentes; d) el aumento de la dependencia y del neocolonialismo en los países periféricos; e) el incremento en los niveles de sobreexplotación y precarización de los trabajadores; f) el aumento del desempleo y de los problemas de desintegración social asociados a ello; g) la acelerada degradación –en ocasiones irreversible- de la naturaleza; y, entre otros, h) la cancelación de los derechos humanos básicos que durante siglos y largas jornadas de lucha fueron conquistados por los excluidos, lo que con el tiempo permitió el desarrollo de los llamados estados de bienestar. Según Atilio Boron (2009) el planeta enfrenta un holocausto social que cada día cobra aproximadamente 100 mil vidas por causa del hambre y enfermedades curables.

Lo que significa aproximadamente 40 millones de vidas por año, con lo que en poco más de un año y medio se iguala la totalidad de muertos, militares y civiles, ocasionados por la carnicería de la Segunda Guerra Mundial. (...) En cuatro años se supera la cifra de las víctimas de todas las guerras que se libraron en el siglo XX (Boron. 2009: 44).

En cuanto al holocausto ambiental y la amenaza que cierne sobre la extinción masiva de las especies, sabemos que la degradación ambiental no es un fenómeno solamente vinculado al modo de producción capitalista y a los patrones de consumo propios de éste. La otrora Unión Soviética tampoco se caracterizó por tener preocupaciones ambientales. Sin

embargo, con el crecimiento de la población humana, de las innovaciones tecnológicas, del número de consumidores (ciertamente diferenciados en cuanto a riqueza y hábitos), del pillaje neo-colonial librecambista sobre las riquezas de los países periféricos y de la globalización económica neoliberal, ha crecido exponencialmente la degradación ambiental. Hoy, a diferencia de antes, con los acelerados procesos de interconexión global en curso, ningún ecosistema del planeta parece estar a salvo de los intereses mercantiles que, sobre todo, se orientan a satisfacer las necesidades de un reducido número de consumidores que, en el cálculo más optimista, comprende a una cuarta parte de la población mundial.

Un modelo de desarrollo que sea alternativo requiere establecer otro tipo de relación para con la naturaleza, de la cual somos parte. La integración social y el equilibrio con la naturaleza son imprescindibles para lograr un desarrollo integral. Al sacrificarlos estamos minando las bases de nuestro progreso y bienestar. ¿De qué desarrollo se puede hablar cuando las personas no cuentan con las posibilidades para desplegar sus potencialidades, muchas veces inhibidas o arrancadas de tajo por la miseria, la desigualdad y la falta de oportunidades? ¿De qué progreso podemos presumir cuando éste no es sustentable en términos políticos, sociales, económicos y ambientales?

Reconocer que el capitalismo neoliberal no está en su ocaso, no significa de ninguna manera defender el modelo o suponer que no hay alternativas a futuro. Tampoco significa desconocer que el apuntalamiento del modelo descansa en la exclusión de por lo menos el 70% de la población mundial...y que su sobrevivencia depende de aumentar este margen. El sistema se oxigena gracias a la destrucción del ambiente y al derroche del consumo energético. El neoliberalismo se fortalece conforme se amplía el margen de los excluidos. Pero la ampliación de este margen resulta insostenible. Edgardo Lander (2010) sostiene que el capitalismo ha llegado a sus límites y que el tiempo se agota en virtud de que nos encontramos en una situación patológica e insostenible. Advierte que

por primera vez podemos pensar seriamente que el tiempo dejó de ser una especie de bien infinitamente disponible hacia el futuro, de manera que lo que no logremos ahora lo logremos mañana o pasado mañana, y lo que no logremos hacer en una generación lo harán otras generaciones (p.163). (...) El problema es que nos encontramos con la complicación de que los procesos de destrucción están avanzando en términos acelerados, lo cual nos coloca en una doble tarea de frenar este monstruo y desarrollar opciones simultáneamente (p. 179).

II. Hacia la dignificación conceptual

Durante los años sesenta y setenta del siglo pasado la mayor parte de los países latinoamericanos estuvieron presididos por gobiernos autoritarios. En buena parte de estos, los militares tomaron el poder a sangre y fuego e instalaron dictaduras militares represivas. La región, ensombrecida por la cancelación de las pocas libertades entonces existentes y la represión generalizada en contra de los movimientos populares, vivía así, de nuevo, el apuntalamiento del orden oligárquico y pro-estadounidense.

Entre otras formas, la represión se concretó en la persecución (formal y paramilitar), tortura, desaparición, asesinato y exilio de cientos de miles de personas, y en la instalación de un orden jurídico y normativo afín a los regímenes autoritarios. Tras esta primera etapa de violencia estatal en contra de la disidencia política y de la exitosa implementación de la estrategia fascista de “poner la casa en orden”, los militares abandonaron los cargos estatales que habían usurpado años atrás y con ello -según las cuentas alegres- retornó la democracia- la cual, suele afirmarse, hoy vive su consolidación. Y aunque el cambio fue importante, ya que permitió el retorno de algunos derechos civiles y políticos, la naturaleza de la transición política pactada omitió juzgar y sancionar a los represores. Los reclamos de justicia fueron y han seguido ignorados (salvo en Argentina). El cambio también dejó intocable al sistema económico excluyente; mismo que fue refinado por los posteriores gobernantes civiles.

Tras el “orden” político impuesto por el terrorismo de Estado, los civiles lograron –en nombre de la democracia- preservar y perfeccionar la disciplina económica exigida por los organismos financieros internacionales. Los derechos de ciudadanía, sobre todo sus componentes sociales y económicos, quedaron relegados a un plano secundario. Las posibilidades de su expansión y subsistencia permanecieron supeditadas al modelo económico en boga, por lo que en los hechos muchos de los derechos sociales fueron diezmados o eliminados. Al respecto, Jaime Osorio (2004: 186) se ha preguntado “¿Qué tanta ciudadanización admite la llamada democratización en América Latina? Y si ¿Se puede llamar democráticos a regímenes que requieren de ciudadanías de baja intensidad o de ciudadanías mínimas?” y concluye afirmando que

el actual Estado latinoamericano sigue siendo un campo de fuerzas que expresa más los intereses de unos pocos. Por ello, cabe preguntarse: ¿qué tanto puede propiciar el bien común un Estado que ha sido elegido por mayorías, pero que, sin embargo, ha sido privatizado por reducidos sectores sociales que conforman hoy el bloque de poder? (Ibíd, p. 185).

Todo lo anterior nos obliga a definir qué entendemos por los conceptos de democracia y ciudadanía. Lo primero que hay que decir es que entre ambos términos existe un vínculo inseparable: la calidad de la democracia se debe valorar a partir de la cantidad y calidad de los derechos (y obligaciones) de ciudadanía de que disponen los ciudadanos. Lo que necesariamente conlleva que, tanto el vocablo democracia como el de ciudadanía requieran ser adjetivados. En la medida en que un régimen democrático no sea robustecido por una ciudadanía activa -y en constante expansión- su base de legitimación será precaria; tal como hoy en día lo observamos en muchos países; particularmente en América Latina, donde la reciente redemocratización política electoral ha sido acompañada por una creciente exclusión social. Ello no es “culpa de la democracia” –como a veces se apunta desde un sentido común sin memoria histórica o desde diferentes posiciones ideológicas, sino de la calidad tan precaria que guarda la propia democracia que vivimos y cuya esencia deberá ser valorada a partir del concepto de ciudadanía.

El discurso dominante sobre la redemocratización de América Latina y Europa del Este, como de otras partes del mundo, ocurridos a partir de la década de los ochenta del siglo pasado (y en el caso mexicano, hasta el año 2000) se ha centrado, sobre todo, en el cambio de los regímenes políticos. El modelo económico neoliberal que de una u otra manera ha corrido simultáneo a muchos de estos procesos políticos, generalmente ha sido excluido de la discusión. A simple vista parece paradójico que en la mayoría de los países de la región dicho modelo haya sido instalado al amparo del terror y de la ausencia de libertades, previamente clausuradas por los regímenes autoritarios, pero que a la salida de estos, el modelo económico se haya profundizado. Ahora sabemos que más que una paradoja se trata de un mismo hilo conductor.

Este orden de cosas ha generado sentimientos de insatisfacción y frustración en torno a nuestras democracias realmente existentes. Así lo demostró el informe *La democracia en América Latina. Hacia una democracia de ciudadanas y ciudadanos*, publicado por el PNUD en 2004, y elaborado por un grupo de expertos independientes. El informe plantea que la democracia ha ocupado en el análisis una posición subordinada a los objetivos del crecimiento económico y que “es preciso invertir los términos y preguntarnos qué economía es necesaria para fortalecer la democracia” (PNUD, 2004: 49). Se insiste en que la democracia ha sido observada sólo en su dimensión electoral y que ésta deberá referirse también a la cantidad y calidad de los derechos que constituyen las dimensiones civiles, sociales, culturales y ambientales de la ciudadanía.

La idea de que elecciones y democracia eran lo mismo se puso de moda; sin importar si la clase gobernante tomaba o no sus decisiones de acuerdo a los intereses de las mayorías. Desde entonces -gracias al esfuerzo de los intelectuales de derecha y la propaganda mediática- los vocablos democracia y neoliberalismo quedaron asociados entre sí: *un gobernante elegido es democrático cuando impone la agenda neoliberal. Quien no la aplica no es democrático*. Como ejemplo de lo segundo encontramos al presidente

venezolano Hugo Chávez. El mandatario y su expresión política han ganado más de diez consultas electorales. Los observadores internacionales (entre ellos James Carter, ex presidente estadounidense) han corroborado la transparencia de los comicios. La permanencia de Chávez en el poder fue sometida a una consulta de revocación de mandato, que le permitió continuar en el cargo. A pesar de todo ello, Venezuela forma parte de los países que, según el criterio del gobierno de Estados Unidos, constituyen “el eje del mal” y el mandatario bolivariano “es un dictador que pone en peligro la democracia en el hemisferio”. Desde dicha perspectiva, *la democracia y el capitalismo neoliberal son parte de lo mismo, son inseparables y coexistentes. Son el resultado de la evolución de las relaciones humanas y de las relaciones económicas y, como tal, se trata de un sistema social imprescindible, irremplazable e insuperable.*

Frente a la manipulación y reduccionismo que se ha hecho del concepto democracia para justificar como tal a un modelo económico autoritario y excluyente, resulta fundamental rescatar su significado amplio, dignificarlo, para ponerlo al servicio de la interpretación teórica con relación a las prácticas que desarrollan aquellos que luchan por la eliminación de todas las formas de opresión y explotación. Al respecto Marcos Roitman (2007) advierte que

Si no tenemos capacidad para enunciar el mundo, otros imponen su dominio sobre la realidad. Dar un significado a la palabra democracia es parte de una guerra teórica y política por controlar el mundo (p. 9).

[...] Por consiguiente, un proyecto alternativo, consiste en rescatar el concepto y no permitir que el pensamiento neoliberal y el capitalismo se apropien de su definición. La lucha teórica es una lucha política y en ella la guerra por la palabra es fundamental. No podemos dejar que el concepto de democracia pierda su valor estratégico, forma parte de un proyecto de sociedad anticapitalista, con dignidad, justicia y paz social (p. 14).

Pero también la misma suerte deberá correr el vocablo socialismo; el cual erróneamente muchos asocian con los regímenes autoritarios y sociedades vigiladas que prevalecieron en la Unión Soviética y en Europa de Este hasta la caída del muro de Berlín. Desde esta visión estereotipada *la caída del muro fue también la caída del socialismo y el advenimiento de la democracia* en esta región del mundo. Curiosamente con el fin de la *guerra fría* se volvió arcaico utilizar vocablos tales como imperialismo, dependencia, neocolonialismo, clases sociales y lucha de clases.

Hasta ahora, en esta batalla simbólica y política por interpretar el mundo y legitimar un sistema de dominación, han triunfado los defensores del sistema capitalista. Han logrado imponer como hegemónica su visión del mundo, gracias a lo cual los oprimidos y excluidos se quedaron sin un horizonte alternativo: lo democrático se despojó de su esencia al reducirse a lo técnico-electoral; y, el proyecto socialista, como alternativa al modo de producción capitalista, fue enterrado cuando encima de éste cayó el muro de Berlín.

Con respecto a estos asuntos, el sociólogo mexicano Pablo González Casanova (2002: 11) muy oportunamente reflexionó, concluyendo que “el socialismo realmente existente no es el socialismo y la democracia realmente existente no es la democracia” y con respecto a la disyuntiva civilizatoria que queda abierta advirtió que

el regreso del proyecto socialista no quita su papel hegemónico al proyecto de democracia con poder y pluralismo. Más bien replantea el problema de cómo seguir dando prioridad a la democracia en condiciones crecientes de barbarie, asedio y miseria y con plena conciencia de que sin democracia no habrá socialismo, y sin socialismo no habrá democracia (Ibíd., 34-35).

III. Movimientos sociales. Entre lo emergente y la configuración de un proyecto alternativo

América Latina ha vivido una fuerte efervescencia social y política desde la década de los años noventa del siglo pasado. Muchos de los movimientos sociales que aparecieron en esa

década, o que han surgido en años más recientes, cuestionan la falta de legitimidad democrática de un orden político y económico que, en términos generales, ha traído más perjuicios que beneficios. Aquí encontramos a una gran variedad de organizaciones y movimientos sociales que, no en pocas ocasiones, enfrentan al mismo adversario y al modelo de sociedad que estos han forjado. En México, el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN), surgió para hacer frente a las condiciones de opresión que vivían los indígenas en el sureste mexicano, para democratizar al país, y para detener lo que se vislumbraba como un despojo todavía mayor: la entrada en vigor del Tratado de Libre Comercio de América del Norte, suscrito por Canadá, Estados Unidos y México.

No son pocos los que han reconocido la importancia que significó el alzamiento del EZLN para renovar y estimular las luchas en muchas partes del planeta para crear un mundo sin exclusión. El grupo insurgente planteó no sólo la necesidad de transformar la realidad de su entorno local, regional o nacional, sino también la de construir una sociedad más justa e incluyente a escala global; y con ello cautivó a gente de todo el planeta. Desde 1994 a la fecha se han llevado a cabo una gran cantidad de movilizaciones y encuentros entre activistas que están convencidos de que otro modelo de sociedad es posible, necesario y urgente. Una de las primeras reuniones que permitió el encuentro y reconocimiento de activistas provenientes de distintas partes del planeta fue el “Primer Encuentro Intercontinental por la Humanidad y contra el Neoliberalismo”, celebrado en diversas localidades chiapanecas a finales de julio y principios de agosto de 1996. Desde entonces han pasado 16 años. Durante estos años hemos presenciado lo que algunos especialistas han llamado la globalización de las resistencias.

Antes de que concluyera el último lustro del siglo XX se formó la Acción Global de los Pueblos (integrada por grupos sociales de más de 70 países), red que impulsó diversas iniciativas en contra del capitalismo corporativo. El siglo cerró con las protestas de Seattle, Estados Unidos (noviembre/diciembre de 1999), realizadas en contra de la celebración de la Ronda del Milenio de la Organización Mundial de Comercio; y con las protestas de

Montevideo (diciembre 1999), efectuadas en el marco de la Cumbre de los Presidentes del MERCOSUR. A lo largo del año 2000 hubo varias manifestaciones en Europa, Asia, América; y, en 2001 se efectuó, en Porto Alegre, Brasil, la primera edición del Foro Social Mundial. A poco más de diez años de distancia del nacimiento del Foro en Porto Alegre, estamos presenciando, a escala global, las movilizaciones de los *Indignados* y, dentro de Estados Unidos, el movimiento *Ocupa Wall Street*. En América Latina existen una gran cantidad de movimientos que se encuentran en resistencia. Todos ellos cuestionan la tremenda desigualdad que padecen millones de personas en todo el planeta como resultado de lo que parece ser el clímax del modelo económico neoliberal. Algunos gobiernos de América del Sur (sobresaliendo Venezuela, Bolivia y Ecuador), le han dado la espalda al Consenso de Washington y, en una situación no siempre fácil, se ha buscado entablar una relación de mayor cooperación y entendimiento entre la clase gobernante y la sociedad civil. A pesar de las dificultades, no cabe duda que dichos países se encuentran en mejor situación que cuando se hallaban gobernados por Carlos Andrés Pérez y, entre otros, Gonzalo Sánchez de Lozada.

El presidente Hugo Chávez ha hablado sobre lo que él reconoce como el *Socialismo del Siglo XXI* y las nuevas constituciones de Ecuador y Bolivia han incorporado los preceptos del *Buen Vivir*. En todo el continente el movimiento indígena se encuentra a la ofensiva defendiendo sus territorios, cosmovisiones y formas de organización social (y para los casos de Bolivia y Ecuador, incidiendo trascendentalmente en sus cartas magnas).

Todo ello hace que no sean pocos los observadores que afirman que hoy, América Latina es el principal laboratorio del cambio social en el mundo. Boaventura de Sousa Santos (2010) señala que en el continente existen dos transiciones: la transición del capitalismo al socialismo y la transición del colonialismo a la autodeterminación. Y, por ello advierte, advierte que

La diferencia no es trivial entre hablar del Socialismo del Siglo XXI y el Socialismo del Buen Vivir. El Socialismo del Buen Vivir combina las dos transiciones: del capitalismo al socialismo, de colonialismo a descolonización, al fin del racismo, al fin del exterminio.

El *Buen vivir* plantea una relación radicalmente distinta entre los hombres y de estos con respecto a la naturaleza. Por eso me parece mucho más preciso y trascendente hablar del *Socialismo del Buen Vivir*. El adjetivo *buen vivir* nos dice más que el calificativo *siglo XXI*, más aún cuando -quizás salvo por Cuba- no resulta fácil dar con el socialismo durante el siglo XX.

Aunque esta discusión requiere mucho mayor rigurosidad -y dado las limitantes de la extensión de este trabajo- concluyo el texto recordando la cita de Pablo González Casanova, señalada páginas atrás, según la cual “sin democracia no habrá socialismo, y sin socialismo no habrá democracia”.

Una gran cantidad de las demandas planteadas por los movimientos sociales, como por las organizaciones de la sociedad civil, tienen que ver con el tema de la inclusión, la lucha en contra de todas formas de autoritarismo, el respeto a la diferencia y a la autonomía personal y comunitaria. La exclusión –como también ha señalado Pablo González- es contraria a la democracia, es su antítesis. La lucha contra todas las formas de explotación y dominio son luchas democráticas. Esto parece quedarnos claro. Lo que para muchos aún no queda claro es la relación existente entre democracia y socialismo. Ante ello habría que preguntarnos ¿cuál es la contradicción? La respuesta es que “no hay tal”. La democracia parece estar más relacionada con los medios y el socialismo del buen vivir con los fines, pero en la práctica ambos se funden. Me parece que el pensamiento crítico latinoamericano debe abonar en esta dirección.

Bibliografía

Boron, Atilio. (2009). *Socialismo siglo XXI. ¿Hay vida después del neoliberalismo?* Buenos Aires: Ediciones Luxembug.

Galeano, Eduardo. *Las venas abiertas de América Latina*. (2006). México: Siglo XXI Editores (septuagesimoséptima edición).

González Casanova, Pablo. (2002). “La dialéctica de las alternativas”. *Espiral. Estudios sobre Estado y Sociedad*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara, núm. 24, mayo-agosto, pp. 11-35.

Lander, Edgardo. (2010). “Crisis civilizatoria: el tiempo se agota”. En: Irene León (coord.). *Buen Vivir y cambios civilizatorios*. Quito: FEDAEPS, pp. 159-179.

Marx, Carlos y Federico Engels. (1969). “Manifiesto del Partido Comunista”. Marx y Engels. *Obras escogidas*. Moscú: Progreso.

Osorio, Jaime. (2004). *El Estado en el centro de la mundialización. La sociedad civil y el asunto del poder*. México: Fondo de Cultura Económica.

Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo. (2004). *La democracia en América Latina. Hacia una democracia de ciudadanas y ciudadanos*. Perú.

Roitman, Marcos. (2007). *Democracia sin demócratas y otras invenciones*. Madrid: Sequitur.

Santos, Boaventura de Sousa. (2010). “Hablamos del Socialismo del Buen Vivir”. *Camino socialista*. En: <http://caminosocialista.wordpress.com/2010/04/09/hablamos-del-socialismo-del-buen-vivir/>